

CRÍTICA

JOSÉ MIGUEL VIÑAS

LOS CIELOS RETRATADOS

**Viaje a través del tiempo y el
clima en la pintura**



A LA VENTA EL 22 DE MAYO

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80/ laia.barreda@planeta.es

SINOPSIS

Un paseo meteorológico a través de las pinturas de los cielos más representativas.

Las intensas emociones que provoca en nosotros un atardecer de vivos colores, un cielo azul salpicado de bellas nubes, o una fuerte tormenta, de esas que nos atemorizan y fascinan a la vez, han sido trasladadas magistralmente a sus paisajes por los pintores de todas las épocas. **Este libro plantea un original y sugerente recorrido por la pintura universal, con la meteorología como hilo conductor.**

Los cielos retratados en infinidad de obras no son meros telones de fondo, sino la expresión de las vivencias atmosféricas de los artistas. Así lo certifican algunos estudios científicos que se dan a conocer en el libro. ¿Por qué las nubes más abundantes en los cuadros son las típicas de algodón? ¿Han tenido alguna influencia las erupciones volcánicas en las pinturas de Turner, Van Gogh o Munch? ¿Qué secretos encierran los llamativos cielos velazqueños? ¿Cómo han pintado el viento los grandes maestros a lo largo de la historia? ¿Son las pinturas una fuente de información climática? La respuesta a estas y otras muchas cuestiones se encuentran en *Los cielos retratados*.

EL AUTOR



©José Luis Escudero

JOSÉ MIGUEL VIÑAS

(@Divulgameteo), es físico y trabaja como meteorólogo en Meteored. Tiene una larga trayectoria como divulgador de las ciencias atmosféricas en medios de comunicación y a través de sus libros, artículos, conferencias y su página web. Desde hace veinte años, es colaborador de Radio Nacional, junto a Pepa Fernández, y, desde 2020, también es el hombre del tiempo de Agropopular, el programa de información agraria en COPE, dirigido por César Lumbreras. En televisión participa en programas como La aventura del saber y Órbita Laika, ambos en La 2 (TVE). Es uno de los socios fundadores de ACOMET (Asociación de Comunicadores de Meteorología).

www.divulgameteo.es

ÍNDICE

Introducción	9
1. Unas pinceladas sobre las nubes.....	17
2. Las nubes de algodón. Un motivo recurrente	43
3. Pareidolias nubosas camufladas	57
4. ¡Hágase la luz!	69
5. Las atmósferas azuladas de Patinir	85
6. Los paisajes congelados europeos	97
7. Blanco sobre blanco. La nieve en los lienzos.....	113
8. Platillos volantes en el Quattrocento	125
9. Los estudios de nubes de Howard y Constable	135
10. Cielos velazqueños en clave climática.....	153
11. Goya, retratista de cumulonimbos.....	167
12. Tormentas para enmarcar	179
13. Cuadros en los que sopla el viento	193
14. Las nieblas de Friedrich	211
15. Los cielos encendidos de Turner	223
16. Un grito en el cielo	237
17. La mirada atenta de los impresionistas.....	247
18. Los grandiosos celajes norteamericanos.....	269
Epílogo	281
Notas	283
Lecturas recomendadas	291
Listado de pinturas	293
Índice de pintores	297

ALGUNOS EXTRACTOS

«Los pintores son notarios de la historia. En sus obras nos dejan un valioso testimonio gráfico, en el que no solo vemos cómo era la sociedad que les tocó vivir, sino también el medio natural que conocieron, que no se puede desligar de la componente climática. Parece lógico pensar que si un pintor vivió una época de inviernos mucho más rigurosos que los actuales, en mayor o menor medida podía haber plasmado este hecho en su obra.»

«¿Qué es una nube? La mayoría de las personas responden, erróneamente, vapor de agua. [...] Las nubes son justamente el resultado de un cambio de estado del citado vapor de agua. Aparecen en el cielo solo en los lugares y en los momentos en que pueden hacerlo. Bajo determinadas condiciones de presión, temperatura y humedad el aire no es capaz de contener más agua en estado gaseoso, se satura de vapor de agua y este se condensa, formándose minúsculas gotitas de agua o directamente cristales de hielo microscópicos. Es decir, las nubes no son vapor de agua, sino agua en estado líquido o sólido.»

«Los siete géneros que identificó Luke Howard, con sus abreviaturas oficiales, son los siguientes: *Cirrus* (Ci), *Cirrostratus* (Cs), *Cirrocumulus* (Cc), *Cumulus* (Cu), *Stratus* (St),

Stratocumulus (Sc) y *Nimbostratus* (Ns). La nube que Howard bautizó como *nimbus* fue el germen del referido nimbostrato. A lo largo del siglo XIX quedaron establecidos los tres géneros nubosos restantes, que completan la decena: *Altostratus* (As), *Alto cumulus* (Ac) y *Cumulonimbus* (Cb).»



Estudio de Cirrus (c. 1822), John Constable.

«**Cirrus (Ci):** Los cirros son nubes separadas y filamentosas, fácilmente identificables, de color blanco, aspecto deshilachado y a veces brillo sedoso. Su blancura es debida a que están formadas en su totalidad por hielo y este refleja gran parte de la radiación solar que incide sobre él. Su aspecto recuerda el de una melena o la cola de un caballo o un gato; de hecho, la palabra que da nombre a este género nuboso la podemos traducir como mechón de pelo o cabellera.»

En esta escena, Innes logra transmitir las sensaciones que se experimentan en campo abierto al amanecer. En la parte superior del cuadro el artista ha pintado el altostrato, iluminado en su parte inferior por las primeras luces del día. El tratamiento de la atmósfera es tan perfecto que casi sentimos el frescor matutino.



Mañana (c. 1878), George Innes.

PAREIDOLIAS NUBOSAS CAMUFLADAS

«En *El espectro del Ángelus* (1934) los nubarrones de tormenta son fantasmagóricos, y se intuyen en ellos varias figuras humanas. La pareidolia y el antropomorfismo van de la mano en ese cuadro de Dalí, que alude a un motivo religioso que ejerció una gran influencia en su obra. [...] El profundo recuerdo que Federico García Lorca dejó en Dalí (ambos fueron amigos, coincidieron varias veces y mantuvieron una relación epistolar) queda reflejado en la imagen onírica que, como otras tantas, el pintor trasladó desde su mente al lienzo. El marco en el que sitúa la escena surrealista es la playa de Cadaqués, que Lorca visitó, en compañía de Dalí, en un par de ocasiones. En una de las cartas que Dalí escribió a su amigo, fechada en julio de 1928, le dice: «[...] Tú eres una borrasca cristiana y necesitas de mi paganismo. La última temporada en Madrid te entregaste a lo que no te debiste entregar nunca. Yo iré a buscarte para hacerte una cura de mar [...] Tú te acordarás que eres inventor de cosas maravillosas y viviremos juntos con una máquina de retratar...».

¡HÁGASE LA LUZ!

«En *Dido construyendo Cartago*, pintado en 1815, observamos una composición muy parecida a la del cuadro que provocó su llanto. Obsesionado por la envolvente luz que consigue introducir Lorena en sus obras (tenemos otro notable ejemplo en *El embarco de Santa Paula Romana* [c. 1639], colgado en las paredes del Prado), Turner es extremadamente cuidadoso con los efectos que provoca la iluminación atmosférica en los distintos elementos del paisaje.»



Noche: escena de la costa mediterránea con pescadores y barcas (1753), Claude-Joseph Vernet.

influencia que el pintor recibió de las obras de Claudio de Lorena durante su estancia en Roma.»

«Me estoy refiriendo a *Noche: escena de la costa mediterránea con pescadores y barcas*, pintado por el paisajista francés Claude-Joseph Vernet (1714-1789). [...] En esta bella marina nocturna, Vernet retrató como nadie el aspecto que adoptan las nubes a la luz de la luna, dejándose entrever también algunas estrellas en los huecos que quedan entre ellas. A pesar de que la

escena se desarrolla por la noche, el cuadro es luminoso, fruto, sin duda, de la

LAS ATMÓSFERAS AZULADAS DE PATINIR



Paisaje con san Jerónimo (1516-1517), Joachim Patinir.

«Es justamente la envolvente azul celeste que emana de la atmósfera, debida a la dispersión de Rayleigh, la que a lo largo de la historia de la pintura los artistas han plasmado en sus obras. En el caso particular de Patinir, destaca también el refinado tratamiento que da a la opalescencia, de donde resultan esos paisajes iluminados que los hace únicos e invita al observador a perderse en ellos, en los numerosos detalles que incorpora el maestro en las escenas.»

«No cabe duda de que Joachim Patinir fue un grandísimo retratista de tormentas, como también demuestra sobradamente en su *Paisaje con san Jerónimo*. A pesar de que el motivo principal del cuadro sea religioso, el paisaje —una vez más— es el verdadero protagonista de la obra y domina por completo la escena. La claridad celeste en las cercanías del horizonte que aparece en la parte central superior de este óleo sobre tabla contrasta con los nubarrones y el cielo tenebroso del lado izquierdo, donde se aprecian, con gran realismo, las cortinas de precipitación que descargan de la parte delantera de un cumulonimbo.»

LOS PAISAJES CONGELADOS EUROPEOS

«Entre los años 1565 y 1567 el pintor flamenco Pieter Brueghel el Viejo (c. 1526/30-1569) pintó varios óleos sobre tabla con un denominador común: los paisajes en los que se representan las escenas son puramente invernales, con la nieve y el hielo como indiscutibles protagonistas. Transmiten el intenso frío que el artista debió pasar los inviernos de aquellos años, especialmente el de 1564-1565, que sabemos que fue uno de los más gélidos que hay documentados en el Viejo Continente. Hasta que Brueghel no pintó esas tablas, apenas había paisajes de invierno en la pintura europea. Podemos considerarle, por tanto, el creador de ese motivo pictórico, que se hizo recurrente desde entonces y hasta finales de la década de 1660 tanto en la pintura flamenca como en la holandesa. Pieter Brueghel el Viejo dio a esas escenas una relevancia y un significado desconocido hasta aquel momento en la historia del arte.»

«Tal y como muestran los cuadros de estos y otros pintores de aquella época, era relativamente común que se encadenaran varios años seguidos en que el agua superficial de los ríos, lagos o canales se congelara. Esos espacios se convertían en pistas de patinaje y lugares de reunión. Las ferias de hielo londinenses son el ejemplo más conocido de esos encuentros multitudinarios sobre una superficie helada. Entre los siglos XVII y XIX algunos inviernos fueron tan crudos que el río Támesis a su paso por Londres no solo se llegó a congelar, sino que se formó una capa de hielo lo suficientemente gruesa para permitir el paso de carruajes y poder celebrar sobre ella esas ferias.»



Los cazadores en la nieve (1565), Pieter Brueghel el Viejo.

BLANCO SOBRE BLANCO. LA NIEVE EN LOS LIENZOS



La nevada o El invierno (1786), Francisco de Goya.

«El cartón, expuesto junto al resto de la serie en el Museo del Prado, lo pintó Goya a finales de 1786. Es difícil de concebir que hubiera pintado esa escena sin haber experimentado en sus propias carnes los rigores invernales. Sabemos por el recordado meteorólogo Inocencio Font Tullot (1914-2003) que «el invierno de 1786-87 fue notable por las frecuentes nevadas, sobresaliendo las registradas en los altos de Castilla en enero de 1787». Es probable que, al igual que les ocurrió a Pissarro y Monet con aquella gran nevada fuera de fechas —en octubre de 1869—, Goya se viera sorprendido por un destacado episodio de nieve y frío en el otoño de 1786, lo que seguramente le ayudó a la hora de concebir el conocido cartón.»

PLATILLOS VOLANTES DEL QUATTROCENTO

«Salvador Dalí fue un gran observador de la naturaleza local y del cielo ampurdanés en particular, algo que plasmó en multitud de lienzos. Puede afirmarse que las características, un tanto particulares, del clima de aquella zona de Cataluña tuvieron su reflejo en los cuadros de Dalí y, seguramente, ejercieron su influencia en el carácter extravagante del propio personaje. [...] Los altocúmulos lenticulares son relativamente frecuentes en el Ampurdán, ya que los genera el flujo ondulado que provoca la Tramontana al incidir en sentido norte-sur contra la barrera de los Pirineos. **Ya desde niño, Dalí debió cautivarse por esas nubes alargadas que plasmó en algunos de sus cuadros.** Las vemos, por ejemplo, en *Muchacha de Figueres* —el retrato que le hizo a su hermana Ana María, en 1926— y también en *Retrato de Luis Buñuel* (1924), que podemos ver en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, en Madrid.»

LOS ESTUDIOS DE NUBES DE HOWARD Y CONSTABLE

«Goethe conoció la clasificación de Howard hacia 1815, posiblemente a través de la obra *Anales de Física* de Ludwig Wilhelm Gilbert (1769- 1824), profesor de física en la Universidad de Leipzig, si bien fue en 1818 cuando cayó entre sus manos el ensayo del farmacéutico inglés. **Quedó fascinado y se despertó en él un enorme interés por las nubes, lo que queda reflejado en los dibujos que habitualmente hacía** (se conservan cerca de 2.500). [...] Paralelamente, Howard y Goethe iniciaron una relación epistolar, en la que, aparte de deshacerse en elogios este último hacia el primero, compartieron reflexiones sobre la propia naturaleza de las nubes y las causas físicas que provocaban sus continuas mutaciones.»

CIELOS VELAZQUEÑOS EN CLAVE CLIMÁTICA

«Han trascendido de los lienzos donde los pintó el genio sevillano a la atmósfera real. Empleamos la expresión «cielos velazqueños» para referirnos a unos cielos complejos, enmarañados, con presencia en ellos de cirroestratos y altoestratos que se extienden en la horizontal, cubriendo en su totalidad la bóveda celeste, con el azul entreverado en esas veladuras nubosas. Son cielos llamativos, que nos cautivan al observarlos en los cuadros de Velázquez, donde aparecen mezclados en ocasiones con otros tipos de nubes y que se identifican habitualmente con los celajes madrileños.»



El príncipe Baltasar Carlos, a caballo (1634-1635), Diego

«Podríamos quedarnos aquí, en las descripciones más o menos detalladas sobre los cielos velazqueños, pero su singularidad, la reiteración con que los pintó el maestro, y el hecho de que solo lo hiciera durante unos pocos años, coincidiendo con su etapa de mayor producción, plantea demasiados interrogantes como para dejar la cuestión abierta. [...] la hipótesis más plausible es relacionar los cielos que vio Velázquez en Madrid con los que pintó, entre los años 1632 y 1636; período en que recibió los encargos para la Torre de la Parada y el Salón de Reinos. ¿Predominaron por aquel entonces los días nublados sobre los despejados? La PEH tuvo en el siglo XVII una de sus etapas más frías. Dicha circunstancia implicaría la visita de frecuentes masas de aire frío de origen polar a la península ibérica. Bajo estas situaciones meteorológicas, soplan vientos de componente norte y en Madrid predominan los cielos poco nubosos o despejados y el ambiente es gélido [...] La mayor templanza de aquellos años pudo haber sido la causa de una mayor nubosidad en los cielos de Madrid. El posible predominio de situaciones atlánticas favorecería la llegada de masas de aire más húmedo a la península y frentes, y por delante de estos se despliega toda esa sucesión de nubes altas y medias estratificadas que Velázquez retrató con minuciosidad.»

GOYA, RETRATISTA DE CUMULONIMBOS



Baile a orillas del Manzanares (1776-1777), Francisco de Goya.

«Un primer detalle que llama la atención en él es el aspecto algo deshilachado que presenta su parte superior, lo que invita a pensar que es de la especie *capillatus* (cabello). Observamos también cómo Goya pinta la parte superior de la nube de una tonalidad más apagada, oscura, que la situada algo más abajo, de blanco reluciente. Esto nos podría estar indicando que la extensión de la nube tormentosa comienza a ser considerable y que, aunque se haya formado lejos, en las montañas, su expansión hace que empiece a acercarse a la ciudad, donde es cuestión de tiempo que llegue a nublarse por completo.»

CUADROS EN LOS QUE SOPLA EL VIENTO



Doña Juana la Loca (1877), Francisco Pradilla y Ortiz.

«Pero si hay una pintura con una representación mitológica del viento que destaca por encima de las demás, esa es, sin ningún género de dudas, *El nacimiento de Venus*, de Sandro Botticelli (1445-1510). [...] Fue Céfiro el encargado de arrastrar con su suave brisa a Venus hasta tierra firme, donde fue acogida por las Horas, que eran las diosas de las estaciones. Aunque el título del cuadro de Botticelli alude al nacimiento de la diosa, el pintor no sitúa la acción en mar abierto y en las circunstancias antes

apunta- das, sino ya en tierra. En la parte izquierda del cuadro vemos a Céfiro abrazado a Cloris —la diosa de los jardines, las flores y la primavera (Flora para los romanos)— y soplando a Venus, que apoyada sobre una gran concha (símbolo de la fertilidad) ha llegado a la orilla del mar, donde es recibida por una de las Horas. [...] Algunos especialistas apuntan la posibilidad de que la acompañante de Céfiro no sea su mujer, Cloris (por la que pugnó con su hermano Bóreas, secuestrándola), sino Aura, la diosa de la brisa. Centrando nuestra atención en el viento, es interesante observar el detalle del mar encabrigado, con pequeñas olas en él (cabrillas) con forma de V. El soplado de Céfiro no solo tiene su reflejo en la albo- rotada melena de Venus, sino también en la superficie marina.»

«Pocos cuadros retratan de manera tan magistral el viento como *Doña Juana la Loca*, pintado por Francisco Pradilla y Ortiz (1848-1910) en 1877. La escena representa una parada en el camino del viaje que durante el gélido invierno de 1506-1507 emprendió desde la Cartuja de Miraflores, en las afueras de Burgos, una desconsolada y recién enviudada reina —hija de los Reyes Católicos—, con su séquito y el cuerpo de su difunto esposo, Felipe el Hermoso (Felipe I de Castilla). Aunque el monarca ya había recibido cristiana sepultura en el citado monasterio burgalés, doña Juana quiso cumplir con las últimas voluntades que Felipe I expresó poco antes de morir. Quería ser enterrado en Granada, salvo su corazón, que debía ser extraído del cuerpo y llevado a Bruselas.»

LAS NIEBLAS DE FRIEDRICH

Las nieblas marítimas, como la que pinta Friedrich en este cuadro, se designan con el nombre de advección. En meteorología, se emplea este término para indicar el transporte horizontal —impulsado por el viento— de una

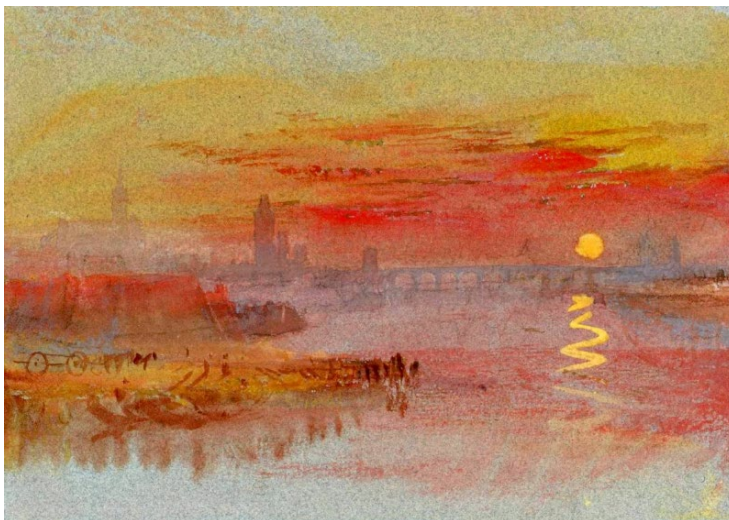


Caminante sobre el mar de nubes (c. 1818), Caspar David Friedrich.

determinada propiedad o variable de interés. En este tipo de nieblas, una masa de aire relativamente cálido y húmedo se desplaza sobre unas aguas frías, como suelen estar las del mar Báltico. El mecanismo que finalmente origina la niebla es el enfriamiento al que se ve sometido ese aire cuando entra en contacto con la superficie marina. Si en tales circunstancias se alcanzan las condiciones de saturación del vapor de agua contenido en ese aire, se forman en su seno las gotitas que dan como resultado la niebla (de advección). El cuadro más conocido de Friedrich es su icónico *Caminante sobre el mar de nubes*, que pintó hacia 1818 y que suele emplearse para identificar el romanticismo.»

LOS CIELOS ENCENDIDOS DE TURNER

«Los llamativos atardeceres que pintó, en los que el cielo y las nubes aparecen con intensas tonalidades anaranjadas y rojizas, no dejan indiferentes al observador. Llamen mucho la atención. Intencionadamente o no por parte del artista, exagerando o reproduciendo con fidelidad el aspecto de los celajes, lo cierto es que encontramos numerosos candilazos en sus acuarelas y óleos. Algunos estudiosos de Turner han sugerido que la gigantesca erupción del volcán Tambora, en 1815, dejó un rastro distinguible en los cielos retratados tanto por Turner como por otros pintores durante los años inmediatamente posteriores a la erupción. El hecho de que también aparezcan en pinturas que el paisajista inglés realizó mucho más tarde (en no pocas de las más abstractas, pintadas en sus últimos años) se ha llegado a justificar señalando que los cielos volcánicos del Tambora, con esos atardeceres de fuego, impresionaron tanto al artista que no los olvidó nunca y los siguió pintando hasta el final de sus días. Tenemos un posible ejemplo en *El atardecer escarlata*, de la década de 1830.»



El atardecer escarlata
(c. 1830-1840), Joseph
Mallord William
Turner.

UN GRITO EN EL CIELO

«Paseaba por un sendero con dos amigos —el sol se puso—, de repente el cielo se tiñó de rojo sangre [...] —sangre y lenguas de fuego acechaban sobre el azul oscuro del fiordo y de la ciudad—, mis amigos continuaron y yo me quedé quieto, temblando de ansiedad, sentí un grito infinito que atravesaba la Naturaleza». Así relató el pintor Edvard Munch (1863-1944) esa experiencia de juventud, que puede interpretarse como la visión de uno de los candilazos que generó allí, en los cielos de No-ruega, la erupción del Krakatoa. Dicha circunstancia se ha relacionado con el intenso color naranja y rojizo del cielo que aparece en *El grito* —su obra más famosa y uno de los cuadros más icónicos de la historia del arte— y en otras de sus pinturas. [...] Sí que parece claro que aquella experiencia, sumada

al complejo mundo interior del artista, le inspiró un cuadro que tituló *Desesperación*, en el que ya vemos plasmado el mismo cielo (ondulado y de vivos colores) que incluyó en *El grito*. De hecho, la primera pintura le llevó a la segunda, que integró dentro de una serie de seis obras dedicadas al amor, que ilustran las diferentes fases por las que pasa una relación amorosa —desde el idilio inicial hasta la dramática ruptura, ilustrada por su icónico grito— y que expuso en Berlín en diciembre de 1893.»

«Según estos investigadores, ese ondulante cielo rojizo y dorado representa unas nubes estratosféricas polares, que el pintor habría observado en Kristiania. Esas vistosas nubes no son frecuentes. Se ha podido documentar que se vieron en la capital noruega en varias ocasiones —no muchas— a lo largo del último tercio del siglo XIX, en la época en la que Munch vivió en la ciudad.»

LA MIRADA ATENTA DE LOS IMPRESIONISTAS



«Los cielos, los paisajes fluviales y los reflejos que tienen lugar sobre las aguas fueron algunos de los motivos que más interesaron al pintor impresionista Alfred Sisley (1839-1899). En marzo de 1876 fue testigo del desbordamiento del río Sena en Port-Marly, localidad cercana a París y vecina del municipio de Marly-le-Roi, donde residía el artista desde 1874. Dicha circunstancia le brindó la oportunidad de trasladarse allí y crear una de sus series de cuadros de más bella factura, alejados del dramatismo que siempre acompaña a

un desastre natural como fue aquel episodio hidrometeorológico. [...] **Gracias a su serie de cuadros de Port-Marly, Sisley nos ofrece una detallada crónica de los acontecimientos.** [...] Ejerció de notario del tiempo, dejándonos para la posteridad una crónica pictórica (y en cierto modo, periodística) en la que podemos ir viendo las diferentes fases que siguieron al desbordamiento del Sena en Port-Marly. Al llegar allí, Sisley se encontró con unas escenas como la que representó en el cuadro, pero con el paso de los días fue cambiando el panorama. La progresiva retirada de las aguas terminó dejando convertidas las calles del pueblo en un gran lodazal, tal y como puede verse en los últimos cuadros de la serie, uno de ellos perteneciente a la colección Carmen Thyssen.»

«**Tampoco se descarta que en varios cuadros de Vincent van Gogh aparezca la huella del volcán.** Uno de ellos es *Los descargadores en Arles* y suelo acercarme a verlo cada vez que visito el Museo Nacional Thyssen-Bornemisza. El pintor impresionista recaló en la localidad francesa de Arles, en la Costa Azul, en febrero de 1888. Fue allí buscando la luz del Mediterráneo y la encontró potenciada por los aerosoles volcánicos que todavía surcaban los cielos. En el citado cuadro aparece un ardiente crepúsculo vespertino que sitúa la acción poco después de la puesta de sol. La envolvente luz de colores cálidos se refleja en las aguas del Ródano, en una de cuyas orillas —la situada en primer plano— aparecen los citados descargadores a contraluz. Esos intensos colores cautivaron al artista cuando presenció la escena.»

CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80 / laia.barreda@planeta.es